

CRUZ ROJA — ESTRATEGAS DE LA BUENA CONCIENCIA

Anatomía y fisiología del CICR

«Anatomía y fisiología» del Comité Internacional de la Cruz Roja, bien podría ser otro título para la obra que Isabelle Vichniac acaba de dedicar a la vida y a la obra del CICR.¹ Pero, no hay que confundirse; la autora, corresponsal del diario *Le Monde* ante las organizaciones internacionales en Ginebra, no utiliza el frío bisturí de un cirujano para seccionar el cuerpo del CICR ni un tono doctoral para analizar sus funciones. Muy por el contrario —y éste es uno de los méritos de la obra, aunque sólo sea desde el punto de vista de la difusión— Isabelle Vichniac, periodista experimentada, bien conocida en el CICR, desmonta los complejos mecanismos del cometido, de las funciones y de las actividades de la Institución con un consumado arte, manteniendo un equilibrio entre aspectos teóricos y prácticos, ilustrando su relato con numerosas anécdotas trágicas o divertidas, salpicando el texto con sutiles observaciones sobre los seres y las cosas. El resultado es una prosa alerta y vivaz sobre «la irresistible ascensión» de Henry Dunant, la evolución del derecho internacional humanitario, las relaciones entre el derecho de Ginebra y el derecho de La Haya, el cometido del CICR en tiempo de conflicto armado, etc. La autora responde, de paso, a las preguntas que se plantean inevitablemente: no, Henry Dunant no era pacifista...; sí, el CICR puede actuar fuera de todo contexto convencional en favor de los detenidos políticos: 500.000 detenidos visitados en 95 países desde 1946, etc., sin olvidar el famoso derecho de iniciativa humanitaria de la Institución.

Pasa revista, metódicamente, a las principales actividades del CICR haciéndonos vivir las tareas cotidianas de los diferentes servicios encargados de llevarlas a cabo tanto en la sede como sobre el terreno. Es la historia de la Agencia Central de Búsquedas, «el más grande fichero (reconocido) del mundo», símbolo de la Cruz Roja para la mayoría del público; son las vicisitudes de la asistencia; en ocasiones, el «¡ábrete sésamo!» de la protección, a menudo esperanza de vida, siempre tributaria del humor de los Gobiernos. La autora nos familiariza también con la División Médica del CICR, espina dorsal de la política médica de la Institución, que no ha cesado de ampliar su ámbito de actividad de la asistencia médica en casos de catástrofe a la atención especiali-

¹ Isabelle Vichniac, *Croix-Rouge — Les stratèges de la bonne conscience* (Cruz Roja — *Los estrategas de la buena conciencia*), Alain Moreau, París (Enquête), 1988.

zada prestada a los mutilados de guerra y en los centros ortopédicos. ¿Cómo darse a conocer mejor para poder imponerse también mejor? ¿Cómo hacer respetar el derecho humanitario mediante la difusión? Preguntas vitales a las que da respuesta en un largo capítulo dedicado a la información y a la difusión. Asimismo, el lector interesado por el tema de la financiación del CICR hallará aquí la información necesaria. El investigador, por su parte, descubrirá cómo proceder para tener acceso a los archivos, santuario secreto y misterioso de la Institución cuyas puertas entreabre la autora.

Isabelle Vichniac no se limita a hacer una descripción gráfica de los servicios del CICR, sino que también pone buen cuidado en ubicar cada una de sus acciones de protección y de asistencia en el correspondiente contexto político y social, lo cual nos permite seguir mejor la evolución de la política humanitaria del CICR, confrontado con nuevas formas de conflicto, con la degradación de las ideologías, con la proliferación de organismos humanitarios. De ahí la necesidad de cuestionarse permanentemente, de reactualizarse, a fin de poder ser más que nunca los «idealistas-realistas», conscientes de que cada gesto humanitario contribuye a la paz.

Imposible lograr esto sin dificultades, sin pasos en falso, sin fracasos. Después de haber recordado brevemente la actitud del CICR por lo que respecta al genocidio de los judíos durante la Segunda Guerra Mundial y explicado que «el CICR no quería arriesgarse (intentando lo improbable) a sacrificar lo ya alcanzado, es decir, la asistencia que prestaba a los millones de prisioneros de guerra bajo su protección», la autora se detiene a analizar las dificultades con las que ha tropezado el CICR en los conflictos contemporáneos y la problemática de la negociación con los Estados que no siempre están dispuestos a escucharlo, como ocurrió durante la «operación supervivencia» en Kampuchea, el año 1978, o en Etiopía, a partir de 1984. El CICR está condenado a intentar persistentemente convencer con sus únicas armas jurídicas —cuando son aplicables— y sobre todo morales —su Principio de Neutralidad, su credibilidad, la confianza de la que goza—, e incluso llamar al orden a los Gobiernos cuando la comunidad internacional quiere ignorar las reiteradas infracciones del derecho, como fue el caso durante el conflicto entre Irak e Irán. ¿Cómo conservar su identidad en 1988, cuando «la caridad no logra desembarazarse de su inevitable acompañante, la ambigüedad», cuando la solidaridad origina tanto escepticismo como entusiasmo, cuando la proliferación de las asociaciones humanitarias crea confusión e incluso desconfianza?

Evidentemente, «el CICR no puede ocuparse de toda la miseria y de toda la injusticia del mundo», exclama la autora. No obstante, actualmente se le reconoce, con razón, como «la organización más profesional, más moderna y mejor equipada del mundo por lo que atañe a la eficacia y a la rapidez de las acciones de asistencia». Pero, ¿no es el grupo de personas que trabajan para ella la principal riqueza de la Institución?

La autora da gran importancia a los actores; los retratos que hace de los altos dirigentes de la Institución, desde el presidente hasta el archivista, confieren a la obra una humanidad de buena ley y nos familiarizan con los mecanismos

internos de decisión y de gestión del personal. Parte importante de la obra, el capítulo titulado «la déléguite» (¿acaso una contracción maliciosa de «délégué» y «servitude»?) informará a más de uno, incluso a los que pertenecen al rebaño, sobre la tipología del delegado, el reclutamiento, la formación (verdadera iniciación), los primeros contactos con el terreno donde la situación jamás se ajusta a lo que uno se imagina, las angustias de la negociación con las autoridades y con los disidentes, la «gestión» de lo imprevisible, las relaciones (a veces tortuosas) con la sede. Todas esas etapas están descritas con fuerza, ilustradas con ejemplos y anécdotas. El lector compartirá un momento de la vida del delegado-prisión, del delegado-asistencia, del delegado «en espera», etc., cuya función exige tanta tenacidad, imaginación, persuasión y abnegación; comprenderá mejor el dilema de conciencia que se plantea al delegado dividido entre su compromiso de discreción y la reacción ante el horror de lo insopportable. Algunos, como Andréas Balmer, no soportaron tener que callarse.

¿Qué no se ha escrito sobre el famoso dilema: deber de discreción y necesidad de informar? Para algunos, la prensa internacional reacciona confundidamente ante los portavoces del CICR que son, en realidad, «portasilencio». Para otros, lo más interesante sería saber no tanto lo que hace el CICR sino lo que ve. Ciertamente, pero no exageremos. La autora reconoce que la situación ha cambiado y que el periodista en búsqueda de información podrá siempre encontrar datos interesantes si se toma la molestia de leer las publicaciones del CICR —así como de leer entre líneas— y de entrevistar a los delegados al regreso de sus misiones.

En conclusión, Isabelle Vichniac piensa que el desafío futuro para el CICR será funcionar como una multinacional sin perder por ello su alma. Para lograrlo cuenta con varias ventajas: su doctrina enriquecida con las reflexiones acerca de nuevas experiencias y sus Principios Fundamentales que animan incesantemente su acción.

Isabelle Vichniac no se equivocó al optar deliberadamente por la franqueza; jamás simplifica, clarifica siempre sus palabras, no glorifica los éxitos ni ennegrece los fracasos del CICR; en suma, es objetiva.

El resultado es un libro denso que se lee, sin embargo, como una novela, conjugando lo grave y lo irónico. No cabe duda de que prestará servicio a quienes quieran conocer mejor las grandezas y las penurias de la acción humanitaria en nuestra convulsionada época.

Jacques Meurant
